

Pequeña bitácora
de la vuelta al mundo



Pequeña bitácora de la vuelta al mundo



María José Ferrada
Rodrigo Marín

El 20 de septiembre de 1519, cinco barcos españoles y 250 hombres, a cargo de un marinero llamado Hernando de Magallanes, salieron de un puerto español.

Comenzaba así un viaje que sería inolvidable para el mundo entero. Y es que en esos tiempos el mundo era un verdadero misterio.

¿Qué sería lo que había al otro lado del mar? ¿Flores desconocidas? ¿Animales maravillosos? ¿Hombres y mujeres?

España y Portugal, conocidos como los grandes navegantes de su época, inmediatamente se pusieron manos (¿o debería decir “remos”?) a la obra.

Fue así como Hernando Magallanes y sus marineros zarparon en busca de un camino, por el sur, para llegar a las Islas Molucas donde, según habían escuchado, existían tesoros tan valiosos como el oro: clavo de olor, jengibre, pimienta, canela y nuez moscada.



No lo sabían pero se transformarían en los primeros en dar la vuelta al mundo y comprobar que la Tierra era una esfera redonda.

Llegados a este punto se preguntarán cómo sé todo esto.

Les responderé diciendo que mucho se ha hablado de los humanos que realizaron esta travesía, pero poco de los ratones que llenos de curiosidad también se embarcaron en ella. Mi tatarata tatarata tatarata tatarata abuelo fue uno de ellos.

Y hoy comparto con ustedes la Pequeña bitácora de la vuelta al mundo, escrita de su pata y letra, que espero los lectores y lectoras disfruten, independiente de la especie a la que pertenezcan.



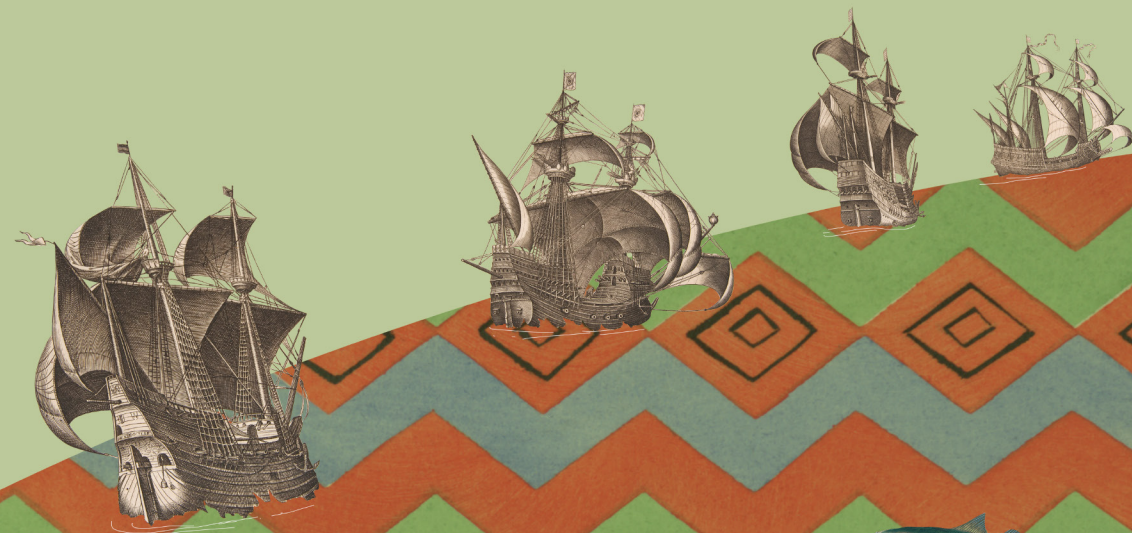
El ratón

Sacos de harina, arroz, azúcar, legumbres, membrillos. Y lo más importante: queso.

¿Se imaginan cuánta comida se necesita para este viaje? Mucha. Mejor dicho: muchísima.

También llevamos telas, collares, pulseras y espejos que intercambiaremos con los habitantes de las tierras a las que pretendemos llegar.

Realizamos nuestra expedición en nombre del rey de España, que nos ha dado su apoyo.



Los preparativos para el viaje han tomado nada menos que un año y medio.

Por fin el 20 de septiembre de 1519 cinco barcos, doscientos cincuenta hombres y treinta y siete ratones comenzamos la travesía.

La verdad, no es tan fácil entender a los seres humanos: solo se ha permitido a hombres y ratones machos participar en ella.



Hacemos una primera parada en las Islas Canarias donde encontramos una isla en la que nunca llueve. En cambio existe un árbol, envuelto en espesa niebla, del que brota agua. Observo que sus hojas absorben la humedad para luego dejarla caer en un recipiente del que beben seres humanos y animales.

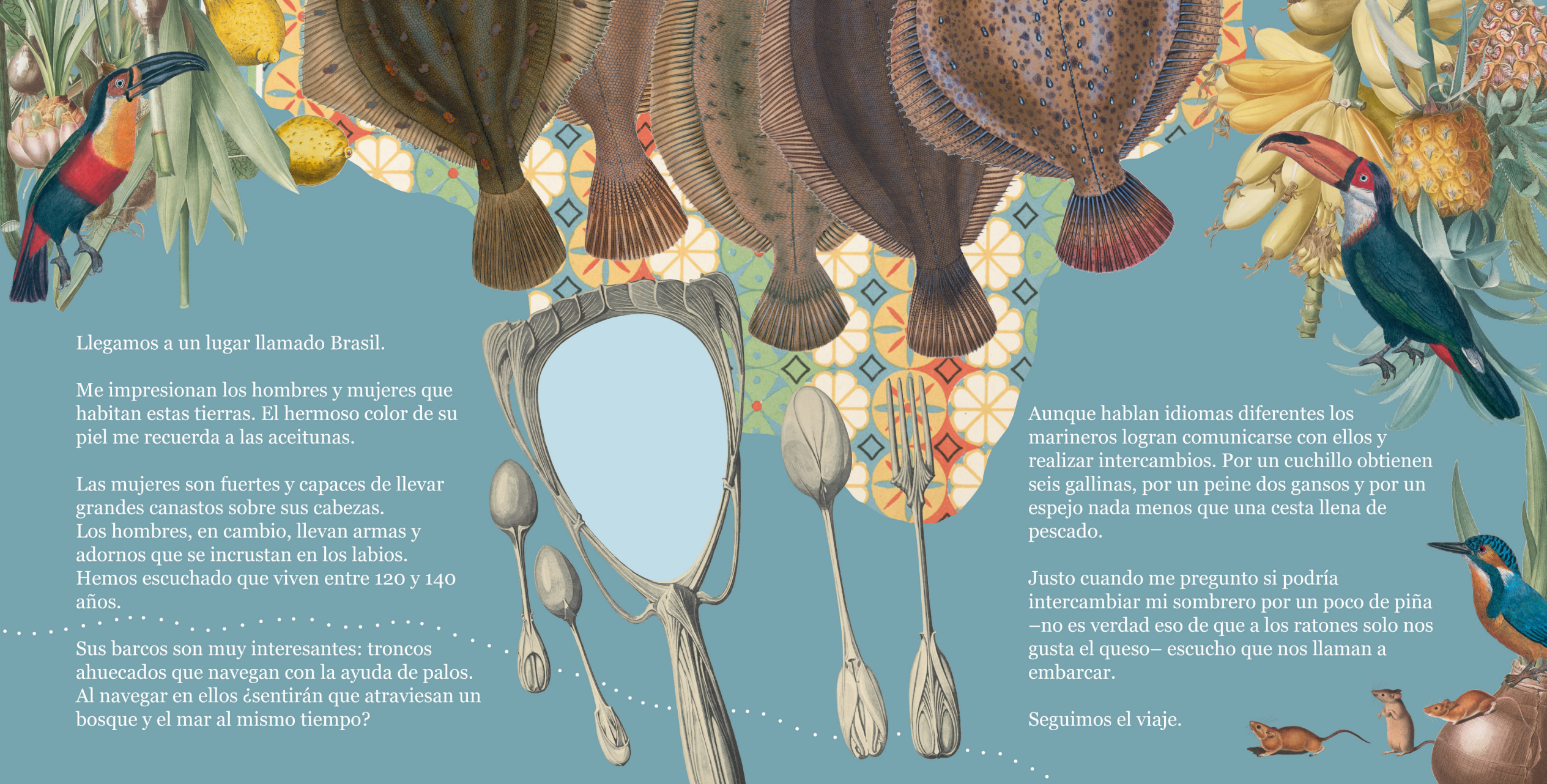
No sé ustedes pero yo, hasta ese momento, nunca había oído hablar de un árbol de agua. Y me pregunto ¿existirán árboles de los que brotan flores de fuego? ¿existirán árboles con flores de viento?

Dicen que los marineros buscan tesoros, pero creo que lo que de verdad quieren es saber si existen los árboles, los animales y los idiomas que imaginan en sueños.

Continuamos el viaje por la costa de África. A lo lejos, vemos a unos grandes peces con unas hileras de dientes terribles, llamados tiburones.

Y muchos peces voladores que nos hacen confundir el cielo con el mar.





Llegamos a un lugar llamado Brasil.

Me impresionan los hombres y mujeres que habitan estas tierras. El hermoso color de su piel me recuerda a las aceitunas.

Las mujeres son fuertes y capaces de llevar grandes canastos sobre sus cabezas. Los hombres, en cambio, llevan armas y adornos que se incrustan en los labios. Hemos escuchado que viven entre 120 y 140 años.

Sus barcos son muy interesantes: troncos ahuecados que navegan con la ayuda de palos. Al navegar en ellos ¿sentirán que atraviesan un bosque y el mar al mismo tiempo?

Aunque hablan idiomas diferentes los marineros logran comunicarse con ellos y realizar intercambios. Por un cuchillo obtienen seis gallinas, por un peine dos gansos y por un espejo nada menos que una cesta llena de pescado.

Justo cuando me pregunto si podría intercambiar mi sombrero por un poco de piña —no es verdad eso de que a los ratones solo nos gusta el queso— escucho que nos llaman a embarcar.

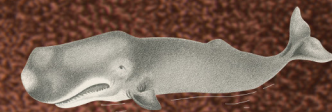
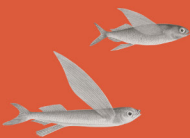
Seguimos el viaje.

A medida que avanzamos el viento se vuelve frío y el mar parece más peligroso. Tal vez por eso algunos marineros quieren regresar a España, sin el permiso del capitán. Eso en el mar se llama “motín” y resulta casi tan temido como la palabra “tormenta”.

Durante seis meses nos quedamos en un puerto que bautizamos “San Julián”, donde pusimos una cruz en la punta del cerro más alto.

Existen hombres y mujeres que habitan este frío lugar. Los “patagones” –así les llamamos impresionados por su tamaño– llevan la cara pintada y trajes de piel de un animal, llamado guanaco, con el que también fabrican sus zapatos.

Las mujeres son muy fuertes y se encargan de la caza.



Por las noches sopla el viento y me duermo pensando que el mundo es un lugar mucho más grande de lo que mi mente de ratón había podido imaginar.

En sueños me pregunto: ¿Podré conseguir uno de esos zapatos de piel y usarlo como cama?

Debe ser porque hasta en el sueño hace frío...



Hay algo que todos los marineros –humanos o ratones– sabemos muy bien: el mar es un camino que puede ser peligroso.

Nuestro barco más pequeño encalla. Esto quiere decir que queda atrapado entre las rocas y los hielos, sin poder moverse. Los tripulantes sobreviven al frío poniendo en sus cuerpos grasa de lobo, como si fuera un abrigo.



Tardamos tres meses en rescatarlos, pero el barco no sobrevive.

Uno, dos, tres, cuatro...

A partir de ahora solo contamos con cuatro barcos para seguir adelante con nuestra expedición.

Avanzamos y vemos que en tierra hay fogatas que brillan como pequeñas estrellas, así que llamamos a este lugar: la tierra de los fuegos.

Existen aquí unas aves que no vuelan llamadas pingüinos que parecen ir vestidas con un traje elegante. ¿Irán a una fiesta de cumpleaños?

También hay lobos de mar, aún más grandes y fieros que los de tierra.



¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

Seres humanos y ratones celebramos.

A lo lejos, después de un año de viaje, encontramos el paso que nos permitirá llegar a las islas soñadas.

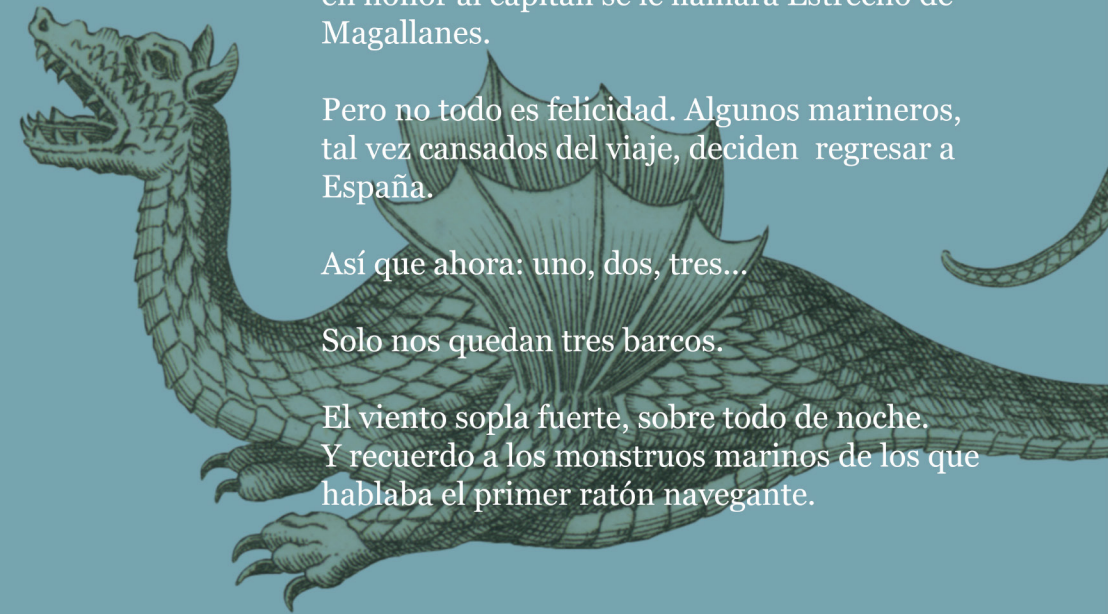
El 1 de noviembre de 1520, habiendo reconocido la zona, navegamos a través del Canal de Todos los Santos, nombre con que lo bautizamos en honor a la festividad religiosa que se celebra ese día. Con el paso del tiempo y en honor al capitán se le llamará Estrecho de Magallanes.

Pero no todo es felicidad. Algunos marineros, tal vez cansados del viaje, deciden regresar a España.

Así que ahora: uno, dos, tres...

Solo nos quedan tres barcos.

El viento sopla fuerte, sobre todo de noche. Y recuerdo a los monstruos marinos de los que hablaba el primer ratón navegante.



Atravesamos el Estrecho de Magallanes y del otro lado encontramos un mar tan azul y tranquilo como un dibujo. Lo llamamos océano Pacífico.

¿Será que las tempestades duermen?
Si es así ¿soñarán con barcos?
Como sea, mejor no despertarlas.

En este punto del viaje creo que ya llevamos con nosotros el tesoro más importante: saber que el mundo es un lugar redondo e inmenso, habitado por hombres y mujeres con lenguas y costumbres diferentes.

Animales, árboles, flores, estrellas.

¿Cuánto quedará por ver? ¿Cuántas islas?
¿Cuántos insectos? ¿Cuántos pájaros?

De noche, mientras los humanos descansan, los ratones vamos a cubierta y miramos el cielo. Las estrellas del sur son diferentes a las que conocíamos.

Pero como todas las estrellas del cielo: brillan, brillan, brillan.



¡Tierra a la vista!

Un grupo de lugareños se apropia de una de nuestras embarcaciones pequeñas, por lo que llamamos al lugar “Isla de los ladrones”.

Las islas de por aquí encantan a nuestro capitán, sobre todo una, donde los gobernantes nos reciben con regalos: pescado y vino de palmera.

Avanzando por el mar, como si fuera un camino de agua, nos topamos con las islas Filipinas.

Sucede aquí el episodio más triste de nuestro viaje. Los habitantes del lugar discuten con los marineros y no logran entenderse. Finalmente se enfrentan y el capitán, Hernando de Magallanes, muere junto a otros miembros de la tripulación.


El mar, nos parece ahora un lugar tan inmenso como triste. Depositamos en él nuestras lágrimas.

Cada vez somos menos y decidimos quemar uno de los barcos, para hacer más fácil el viaje de regreso.

Uno, dos...

Solo dos barcos siguen en camino.





Seguimos navegando hasta que, ahí a lo lejos, vemos una isla.

¡Las Molucas!

No podemos evitar sentir una mezcla de alegría y tristeza. Por fin hemos llegado a nuestro destino. Pero son muchos los que no han sobrevivido al viaje. Entre ellos el capitán...

Las islas son tal como él las había soñado: hermosas y ricas en clavo de olor, jengibre, pimienta, canela y nuez moscada.

Cargamos de especias nuestros barcos y emprendemos el camino de regreso.

Cada barco tomará un camino diferente.

Uno irá por la ruta de los océanos Índico y Atlántico. Y por donde pase irá dejando una estela de olor canela que encanta a los peces.

El segundo barco regresa a través del océano Pacífico, pero no logra llegar a destino.

Cinco barcos salieron de España,
persiguiendo el sueño de un marinero
llamado Hernando de Magallanes.



Luego de tres años de travesía –toda una
vida para un ratón– solo uno logró regresar
al puerto al mando del capitán
Juan Sebastián Elcano.

Trajo las especias. También un mensaje: el
mundo es una casa redonda y muy grande.

Una casa donde habitan distintos
hombres y mujeres.

Una casa llena de árboles, flores y pájaros.

Y mares. Mares inmensos.

Nos reciben con una gran fiesta. Y yo
aprovecho el momento para entregar
mi regalo: la pequeña bitácora de la
vuelta al mundo.

Una copia para el rey y otra que guardaré, en
un lugar secreto de mi ratonera, por si algún
día tengo un tátara tátara tátara tátara nieto
que la quiera leer.



ORGANIZACIÓN DE ESTADOS IBEROAMERICANOS
PARA LA EDUCACIÓN, LA CIENCIA Y LA CULTURA (EOI)

© Instituto Iberoamericano de Primera Infancia (IPI)
Oficina en Chile, Santiago 2020
ISBN: 978-956-8624-14-9

Secretario General OEI
Mariano Jabonero

Directora OEI Chile
Mónica Gomariz

Coordinadora Proyecto
Gabriela Sánchez

MINISTERIO DE EDUCACIÓN DE CHILE

Ministro de Educación
Raúl Figueroa Salas

Subsecretaria de Educación Parvularia
María Jesús Honorato

Jefe de la Oficina de Relaciones Internacionales
Enrique Laval Zaldivar

Coordinadoras MINEDUC
Marcela Miranda y Claudia Téllez Marín

Esta publicación es un aporte de la OEI para el debate y la difusión de ideas. Se permite copiar, utilizar y reproducir parcialmente esta obra, siempre y cuando se cite la fuente de manera correcta y no se utilice para fines comerciales sin previa autorización de la OEI.

Saludo

El interés por la lectura inicia su camino en los primeros años de vida. Sabemos que una forma de favorecer el gusto por los libros en los niños y niñas es leyéndoles desde muy pequeños: dándoles la oportunidad de que exploren cuentos, revistas y cómics, entre otros textos escritos para su edad.

Cuando los niños y niñas son pequeños, los adultos deben entregar oportunidades significativas para favorecer el posterior aprendizaje y comprensión de la palabra escrita. Es por ello que queremos compartir con las familias esta interesante y bella “Pequeña bitácora de la vuelta al mundo”, expedición de Magallanes y Elcano, que nos cuenta a través de sus páginas los detalles del viaje por el planeta que hizo posible saber que la Tierra es redonda.

Queremos que leyendo y recorriendo este libro, niños, niñas y adultas/os viajen juntos a través de los detalles más asombrosos de un hecho que cambió la historia de la humanidad para siempre, y junto con ello también naveguen en el maravilloso mar de la lectura...

¡Feliz viaje!

Mónica Gomáriz
Directora
Oficina de la OEI en Chile



Invitación

2020 nos trajo al recuerdo uno de los más importantes hitos de nuestra historia: la travesía de Hernando de Magallanes por el Estrecho que hoy lleva su nombre, hecho del cual conmemoramos 500 años.

El 21 de octubre de 1520 llega Magallanes al Estrecho. Se inicia así el largo camino hacia la vuelta al mundo que confirmaría un misterio para la época: que la tierra era redonda. Dos años después, la expedición llegaba de regreso a Sevilla, sin Magallanes y con solo 18 sobrevivientes.

En estos 500 años, hoy queremos conmemorar no sólo un hecho histórico, sino también, los valores que dejó el propio Magallanes en esta travesía y que nos identifican como nación: liderazgo, emprendimiento, resiliencia, compromiso, osadía y tenacidad. Todos estos, valores que la crónica que les presentamos recoge y busca inculcar desde los más pequeños.

Escrita de la pata y letra de un ratoncito, acompañada de preciosas ilustraciones, “Pequeña bitácora de la vuelta al mundo” es una invitación a volver a realizar la travesía histórica de Magallanes, en familia, recuperando aquellos valores que nos formaron e identifican.

¡Bienvenidos a esta maravillosa aventura!

María Jesús Honorato
Subsecretaria de Educación Parvularia
Ministerio de Educación de Chile



Pequeña bitácora de la vuelta al mundo

Texto: María José Ferrada
Ilustración y diseño: Rodrigo Marín
Asesoría editorial: Daniela Correa
Edición 2020
ISBN 978-956-8624-14-9
Fotografía pág. 14: Esteban Gonnet, 1866 (daguerrotipo)
Biblioteca Pública de Nueva York
@ Organización de Estados Iberoamericanos, OEI
@ Ministerio de Educación de Chile




Texto basado en el relato de Antonio Pigafetta, explorador geógrafo y cronista italiano, que se unió a la travesía y escribió todo lo que observaron y vivieron los protagonistas de este viaje.

OEI



**CHILE LO
HACEMOS
TODOS**



Hace quinientos años un grupo de navegantes,
dirigido por Hernando de Magallanes, zarpó
persiguiendo un sueño: llegar a las islas Molucas.

Al regresar del viaje, que no fue nada fácil, traían
una noticia: habían dado la vuelta al mundo.
¿Y saben qué? El mundo era un lugar redondo,
diverso y maravilloso.

